

Aguas Turbulentas.

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

Por la prensa sé de los acontecimientos que, sin solución de continuidad, se suceden en Aguas de Valencia. Conociendo la trayectoria, tradición y señorío de esta empresa, me causan inquietud y estupor. Con la que está cayendo yo, a partir de ya, me declaro inútil para explicar a la sociedad que la mejora de la gestión del agua comporta su encarecimiento. Es ésta una medida necesaria y con claridad lo reconoce la Unión Europea en su Directiva Marco. Pero a la sazón más de uno pensará, y con razón, que si las actuales tarifas dan para tanto, qué puede llegar a suceder con otras cinco veces mayores. Y piensan bien. Si no se establecen controles sobre la gestión, mejor dejarlo como está.

Como ciudadano tengo interés por conocer el desenlace de esta turbulenta historia. Pero, además de la curiosidad que de mi ciudadanía se deriva, me generan gran desasosiego otras circunstancias menos comunes. De una parte mi profunda estima por esta ejemplar Sociedad centenaria, hoy denostada y humillada. De otra, mi interés profesional por la política del agua, tan necesitada de medida y sentido común.

Quiero a Aguas de Valencia y a su gente de siempre, que no a los oportunistas recién llegados. Y tengo mis profundas razones para que así sea. Todo comenzó hace veinticinco años con ocasión de mi tesis doctoral. Gracias a Aguas pude confirmar en una tubería de impulsión de la potabilizadora de Manises la bondad de mis estudios de golpe de ariete. Como si fuera ayer, recuerdo mi primera entrevista en busca del permiso que requería, con Enrique Sena el entonces director de la Compañía. Don Enrique, caballero de trato exquisito, me animó y facilitó cuanto había menester. Incluso me llegó a ofrecer un trabajo que no acepté para poder seguir mi vocación universitaria. Después, en perfecta simbiosis con Aguas, he organizado cursos (el primero, allá por 1981) seguidos por una buena parte de los ingenieros que hoy atienden nuestros abastecimientos, he organizado conferencias internacionales, he editado libros y he realizado estudios y desarrollos diversos.

Muchos ingenieros de Aguas de Valencia (los más, antaño alumnos y colaboradores, todos excelentes técnicos) están atribulados y desmoralizados. La politización de Aguas, instrumentada por una dirección que ha dejado a la empresa sumida en una profunda crisis de identidad, les ha relegado al ostracismo en beneficio de arribistas, oportunistas de dudosos méritos en la materia, pero muy buenos conocedores del hídrico refrán a río revuelto ganancia de pescadores.

Ellos han postergado a quienes durante muchos años han desarrollado un trabajo serio y callado. Y es que pese a la gravedad de lo que la prensa en un suma y sigue diario nos cuenta, no hay nada comparable a la marginación y humillación de estos ejemplares profesionales. Lo sucedido no tiene sentido, no admite explicación. Sencillamente, no hay derecho.

Pero si la politización interna de Aguas ha comportado la humillación de los profesionales, también la politización externa tiene notables consecuencias. Como tengo escrito, hasta que no se cree una agencia reguladora que ordene y controle los abastecimientos, éstos serán juguetes rotos en manos del político de turno. Por ello, al privatizar la gestión del agua hace ahora quince años, el Reino

Unido creó el Ofwat, la agencia reguladora de la gestión económica de sus abastecimientos. Mientras en Francia, hace bien poco, unas concesiones que acabaron en un escándalo monumental han obligado al gobierno del país vecino a regular estos procesos. Sin embargo, en España nada se mueve, y todavía los ayuntamientos aprovechan las privatizaciones para sanear sus economías a costa de unas tuberías insuficientes que, además, fugan como coladores. En palabras castizas, éramos pocos y parió la burra.

Parece evidente la correlación entre la renovación de la concesión de Aguas y el espectáculo que se nos ofrece (primas y contratos blindados incluidos). Ello corrobora la necesidad de controlar estos procesos así como el quehacer diario de las empresas distribuidoras, con independencia de que sean públicas, privadas o mixtas. Y mientras así no se haga, nuestros abastecimientos, a merced de quienes no conocen el oficio, seguirán siendo tercermundistas.

A día de hoy, el mundo del agua tiene muchos problemas pendientes. El mayor, con la turbia historia de Aguas como ejemplo de libro, su politización. Un problema con una clara solución, el establecimiento de reglas de juego (hoy inexistentes) que quien manda, por dos razones, se resiste a promover. La primera, es obvio, para mantener su capacidad de maniobra. La segunda, no menos importante, por miedo a perder votos. El legislador sabe que todo control, necesario en una sociedad organizada, tiene en el corto plazo un notable rechazo. Pero no convendría olvidar que el actual desorden nos está costando muy caro, unos abastecimientos tercermundistas que algún día habrá que modernizar. Ojalá pronto haya quien asuma la evidencia y ordene el marasmo. De momento a mí, y mientras espero ese día, sólo me queda hacer un ruego a quien corresponda. Por favor, no más interferencias políticas que impidan trabajar con sosiego a quienes, con profesionalidad, dan de beber al ciudadano.